

Azucena Rodríguez-Torres*

SANTA FÉ. 18 DE JULIO DE 1886

Mi querido hermano regresó hace tres días de su estancia en París. Ha prometido contarme confidencialmente sus visitas furtivas a Londres y Ginebra. Volvió de madrugada, pero nada podría haber evitado que lo escuchara. A través de la ventana lo vi bañado por la luz de la luna. Quiero decir, los vi a ambos: José trajo a un extraño amigo quien, como mi hermano, viste con sumo cuidado, es joven, o lo parece, de delgadez extrema, y palidez que tiene algo de enfermiza. Alcancé a notar el brillo de sus ojos. Sólo estará aquí unos días, pero su presencia silenciosa es demasiado peculiar: nadie la ve, pero nadie puede ignorarla. No sé nada más de él. Al día siguiente me desilusionó que no hubiésemos conversado José y yo, pues descansó hasta entrada la tarde.

Hoy por la mañana, nos abrazamos y nos besamos con toda ternura, charlamos un poco acerca de su viaje, cosas que ya conocía por sus cartas, pero fui muy dichosa al oírlas de su propia voz. Mi madre nos interrumpió y me llevó a su lado; en cuanto anocheció, mi hermano salió con el señorito. No pude dormir, hacía calor, los ruidos de los

* Departamento de Humanidades, UAM-Azcapotzalco.

sapos y el maullido de algún gato eran tan claros e insistentes que casi me dio la impresión de que intentaban decirme algo. Llegué de puntitas a la biblioteca, pero no leí aquellos libros que José y yo leímos desde siempre, preferí uno de los que aún se encuentran manuscritos, los poemas en que trabaja José. Encontré la traducción que su amigo Pombo —vaya pareja que hacen esos dos— ha realizado, los relatos de un inglés totalmente desconocido, que sólo hablan de hechos sobrenaturales. Bien, pues me inquietó de tal manera que el insomnio se ha prolongado, por lo que estoy escribiendo estas líneas (a falta de conversación) para tal vez mostrárselas luego.

Al tercer día de su llegada, el invitado de mi hermano se fue. José lo ayudó con algunos asuntos: fijar su residencia en nuestro país y conseguir administrador para sus rentas. Él estaba encantado y yo celosísimo. Dice que es un noble de las más antiguas familias europeas, y yo le he respondido que recuerde lo que le sucede a esos descendientes según el libro de la biblioteca y cuya impresión aún perdura en mí, por lo visto. Me miró con una sonrisa adorable sin decir nada, pues en ese momento mi madre le reprochó que nos hiciera amigos para que nos conociéramos mejor porque a los dieciséis años y no tener enamorado.

Nosotros sólo guardamos silencio. José está otra vez a cargo del negocio, quedó casi contento, aunque siempre conserva un dejo de tristeza. La otra noche leímos algunos de sus poemas y entonces recordamos nuestros juegos de niños, bailamos y tocamos "Los maderos del San Juan" o Robre hermano, la amargura y la alegría se entrelazan en su vida y, en sus versos, para primo, los periódicos lo tachan de exótico, aunque sus poemas han aparecido en una antología. Poco antes de despedimos, posó mi mano en su corazón —donde también reposa el mío— y me preguntó cómo podríamos

tener la certeza de que está ahí. Yo seguía riendo y por le hice caso, a veces se preocupa por cada cosa.

FEBRERO 1987

Ya ha transcurrido un año desde que escribí por última vez. Es un ligero alivio cuando me siento triste. Hace cuatro días escuché muchos ruidos en la recámara de José. Llovió durante toda la noche; los relámpagos y los truenos me provocaron tal temor que no me atrevía a salir de mi recámara.

Tristemente, mi padre amaneció muerto, anteayer. Nadie quiere decirme cómo o por qué. El médico lucía sorprendido, fingió serenarse cuando me acerqué, llorando, a él; me acarició la mejilla, noté su preocupación mientras me miraba a los ojos, y se fue.

José estaba demasiado pálido, y al preguntar la razón habló de los problemas económicos que heredamos de mi padre. Una especie de certeza contuvo mis preguntas. Me abrazó llorando, sus besos amargos me hicieron temer y amarle más aún. Estaré con José siempre, como cuando éramos niños, como hoy, cubiertos de mantas, ocultos y temblando, sombríos y enlazados.

AGOSTO 1989

El éxito literario ha vuelto, y con él la amistad de Emilio, de Roberto, de Cano, de Isaac, incluso de los hermanos Arias. Soñé a Elvira muerta, en el ataúd de seda negra, a la luz de la luna, la besé sin término y sentí la frialdad de su boca. El poema nació en mí, yo sólo lo escribí y, como el negocio va de mal en peor, se lo he obsequiado en sus cumpleaños, sus hermosos y pálidos veinte años. La amo tanto como desprecio los halagos y las visitas. Al leer su obsequio, me dijo que moriría si en eso fuera mi felicidad. El poema ha sido publicado, el poeta ha sido tachado de grotesco.

Mientras, el temor atraviesa las calles de esta ciudad; me recuerda el clima del barco donde realicé mi último viaje. La escasa tripulación nos miraba de soslayo, a mí en lo particular, y murmuraba entre sí, mostraba trazas de no dormir durante largas noches: una de esas manías que seguramente es propia de los marinos. También nuestra ciudad es un pequeño navío en medio de un mar de tierras desiertas, en medio de la violencia de la guerra civil. Algunos de los magníficos productos que he traído de Europa son objeto de curiosidad y de repulsión para los provincianos. He visto algunas mujeres persignarse al pasar cerca de mi almacén, otros entran por curiosidad para mirar la réplica de una deidad pagana invaluable que me vendió un anticuario parisense, los niños procuran no acercarse a la entrada y, si por algún motivo deben hacerlo, pasan corriendo sin voltear siquiera.

Amar al ideal, plasmado en la virginal figura de Elvira, es la única salvación al infierno de esta sociedad sin matices.

4 DE ENERO DE 1891

Encuentro que las noches han cambiado: sufro de sonambulismo y mis sueños están poblados de angustia y de visiones aterradoras. Durante el día sufro una fatiga que me haría quedar con gusto en cama. Pero en la noche respiro con ansia un aire espeso pero fortificante que no me permite conciliar el sueño sino hasta muy tarde. Estoy, por lo demás, particularmente torpe, creo que me herí la muñeca izquierda al cortar rosas. Mostré la cortadura a mi hermano, quien para consolarme, besó con dulzura las yemas de mis dedos y continuó hasta llegar a la herida; no sé por qué, eso me asustó y retiré mi mano con brusquedad. José me miró sorprendido y se disculpó.

9 DE ENERO DE 1891

Mi pequeña Elvira, cómo debiste atormentarte los últimos días, aunque la suerte fue echada cinco años atrás. Es cierto, yo deseaba su

presencia cruel y enigmática; él me necesitaba para entrar a nuestra tierra, y a nuestra casa. Olvidé temerle pues absorbía mis temores más recónditos, sus manos eran frías tenazas con que sostenía mi rostro o mi hombro para hacerme parar de escribir. Se complacía en mis versos, pero no con la sencillez azorada de nuestros amigos: entendía cada palabra como si él mismo la hubiese escrito.

Elvira, si supieras cuánto añoro las rosas que paulatinamente fueron emigrando de tu rostro, hasta esta noche en que se borró por completo.

Entiendo su fascinación. Nadie —mucho menos yo— era capaz de resistir tu presencia angelical. Perdóname por no percibir tu afición a la noche: al principio, fue el encantamiento de tenerte fresca durante las horas más oscuras de la madrugada, sólo apreciaba el maravilloso contraste entre tu blancura y el fulgor de tus ojos bajo la luz de la luna. Aún amo los primeros momentos en que dominabas la noche con sus ruidos y sus rincones, eras tan deliciosa como una niña caprichosa manipulando a su antojo sus juguetes.

Me di cuenta hasta aquella noche en que lo descubrí, o que él se dejó descubrir en el umbral de tu puerta, mientras tú, desvanecida, respirabas débilmente apenas, justo después de su ataque.

Debo decirte qué nos espera —no me separaré de ti nunca—. Él es un monstruo que sobrevivió en Europa mientras ella fue salvaje y él señor de sus tierras y sus siervos. Ahora prefiere permanecer en este continente indómito, donde todo vive y muere en el mismo instante, porque él *está muerto*.

Es un muerto. Y obtiene una extraña forma de vida arrebatándola a otros. ¿Cómo?, mi Elvira, *él bebe sangre* de los hombres. Recuerdo esos libros y los cuentos de la abuela donde hablaba de murciélagos —de vampiros— capaces de consumir la sangre de las bestias más imponentes. Éste es el peor de todos por su engañosa apariencia de hombre y sus cualidades de demonio. Pues bien, antes de saberlo —aunque en una parte de mí sospechaba, más aún, ansiaba lo diabó-

mío; lo que veo en ese otro mundo que me reclama con el ímpetu del huracán; palacios nacidos entre montañas y parajes helados; lenguas extrañas; piscinas que mí me conozco; bellísimas mujeres — que me llaman hermana — que son, al mismo tiempo, terribles (no te ofendas) pero parecían ser habitantes de tus poemas). También veo al extranjero. Está sorprendido porque no lo amo; le extraña nuestro amor. Creo que no estará muy orgulloso de su creación americana. Camino la tormenta. Respira una noche indescriptible; y aquí, te busco. Te buscaré siempre y lo hecho, porque ya voy desconociendo el camino para llegar a tí. Pronto será nuestra bordillera y nuestras selvas sólo de noche; por supuesto, las playas tendrán mi nombre y el tuyo cada amanecer; escribes en la arena. Adoro las leyendas de pescadores y me fascina la idea de crear una propia; las muertes la harán más escalofriante. Sup

Sé que no vas a seguirme, ¿para qué? Vivo, serás mucho mejor vampiro de lo que yo seré nunca.

Corre todas las cortinas. Quédate a mi lado. Estoy tan agotada. ¿Puedes leerme de nuevo ese poema de las sombras? El que estás escribiendo... Otro nocturno y ¿verdad? Así que te has inspirado en nuestro amor? Me gustarían sus amantes oscuros, las sombras que se abrazan. Cuántas cosas me has enseñado a escuchar. Creí que nunca se ocultaría el sol. Salimos a pasear al jardín. Podremos seguir conversando durante varias horas, antes de ir a dormir.

12 DE ENERO DE 1991
El día 6 de enero cayó mi hermana en forma grave de un caso de neumonía —, no volví a salir de mi casa hasta el día 14 en que la llevé al cementerio. Al morir, Elvira había recobrado todo su encanto; a pesar de su dolorosa y prolongada agonía, la muerte le restituyó la belleza de la vida hasta el punto de que ni yo mismo podría decir que era un cadáver lo que tenía delante. Después del entierro, moribundo

de dolor y de sufrimiento, caí en cama, no pude moverme en varios días, vencido de dolor, no podía pensar. Los músculos no me sostenían, tenía el alma destrozada. A esa inmovilidad siguió la preocupación por el bienestar de mi pequeña, recordé que fue sepultada con un crucifijo alrededor del cuello y en la tierra bendecida por Dios, con lo que se hallaría doblemente prisionera. Casi enloquecido tuve que cometer el crimen de la profanación de su tumba. Durante la noche una sórdida figura llevó conmigo el ataúd con el preciado cuerpo al lado de los que mueren sin la gracia del Señor. Si no habrá reposo para ninguno de los dos, allanemos el camino para la eterna zozobra.

Por un supremo esfuerzo de voluntad volví a mis negocios. Al abrir el almacén fueron a cobrarme el entierro de mi hermana, no tenía en caja \$600 que me pasaban de cuenta. Dicen, malévolamente, que lo peor está aún por venir. Escandalizados, se marcharon al verme sonreír.

23 DE MAYO DE 1896

Mi más breve diario es también de Elvira y hoy llega a su fin. Lo mejor de mi obra se ha perdido en el mar. Durante los primeros años posteriores a su muerte, escuchaba algunas noches un aleteo contra los cristales que encendía mi esperanza, pero ya no. Tampoco se han escuchado más noticias espeluznantes sobre muertes de algún hombre o algún niño. Es posible que el terrible demonio se haya marchado, pero no sé cuál haya sido el destino de Elvira. Quizá haya emprendido aquel viaje por sitios recónditos o se habrá marchado tras su creador hacia Europa. Existe la posibilidad, incluso, de que haya encontrado por fin algún reposo.

He decidido, en tanto que ya no hay nada más que me ate a la vida, darme muerte por mis propias manos, lo he pensado así para que no me sepulten en el cementerio sino cerca de ella —mi madre ya podrá rezar cerca del cuerpo de sus dos hijos— y quizá, alguna vez, vuelva

para tocar la tierra que cubra mi tumba. Me dispararé al corazón, si tan sólo supiera dónde se encuentra, pues éste se ha marchado tras ella. Pero el órgano que late en mi pecho, la grosera maquinaria que me impide dejar de existir, ya ha sido localizado e inequívocamente marcado por un cirujano amigo mío. Es todo. Siento frío y te amo, mi Elvira.

Esta noche

solo, el alma

llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte

separado de ti misma, por la sombra, por el tiempo y la distancia...